

XX.

No solo á Pancho Pérez sino á la mayor parte de los vecinos del pueblo, llamó extraordinariamente la atención la visita del abogado García á San Antón, visita aún más sospechosa por tratarse de un abogado de ínfulas y grandes prendas; y precisamente porque era desconocido el objeto del viaje, los comentarios y discusiones fueron numerosos y variados; quién aseguraba que García fué llamado, dada la vejez del Padre González, para arreglar sus asuntos testamentarios, pues suponían era poseedor de algunos bienes allá en su tierra y algo de dinero en San Antón [el pobre cura no tenía ni en qué caerse muerto]; otros afirmaban que por orden del Gobierno había venido á husmear las riquezas del contorno y ver la manera y modo de aumentar los impuestos ya onerosos por aquellos puntos [en esta fila aparentemente militaba Pancho Pérez]; muchos aseguraban que García, era el abogado de un Sindicato Americano que tenía proyectado comprar por aquellos rumbos grandes extensiones de tierras, entre otras, las del difunto Don Pablo, porque pretendiase implantar allí no se sabía bien qué industrias, fábricas y cosas por el estilo.

Solo Pancho Pérez en lo íntimo de sus meditaciones, desasosones y temores, achacaba á diversa causa la visita del abogado al cura de San Antón; pues recordando que este buen señor habíale hecho algo parecido á una amenaza cuando le suplicara no vendiese los bienes de Consuelo, colegía el rábula que por allí andaba el busilis y motivo de la visita. . . . . "¡Y estos amigos que no pueden venir!", Gutiérrez y Compañía tan cumplidos y eficaces para contestar, tan exactos en sus compromisos y con tan buenas relaciones comerciales, no se daban prisa á terminar el negocio, exponiéndole á un fracaso, porque si el abogado García á instancias del cura metiese las narices por el sabroso bocado que tenía Pérez puesto en la mesa. . . . .

¡adiós mi bien! Urgía que viniesen los futuros dueños de El Platanar.

Las cavilaciones y temores del tiuterillo subieron muchos grados de temperatura, al saber una semana después por boca de los mismos interesados y muy á lo chintoncito, que en las altas esferas estaba decidida la remoción del Jefe Político, la destitución del Juez de primera Instancia, y otros cambios por el estilo en el orden oficial en San Antón; la temperatura aquella subió más grados, sabiendo Pancho Pérez que todo ello se debía á que en la capital sabíanse al dedillo los malos manejos de ciertos empleados, sin precisarse cuales, pero por unanimidad de votos, los perjudicados echaban la culpa al asunto ya concluido en el orden judicial y relativo á la venta de los terrenos de la huérfana.

Por esos días casualmente coincidió la fecha fijada para el matrimonio de Clotilde con el señor de El Tepozán. Los preliminares y arreglos de tal asunto distrajeron un poco á don Francisco de todo lo que estaba temiendo sin saber porqué; y la desazón que traía de que su famoso negocio se fuese por las nubes, se amortiguó un tanto. El bodorrio proyectado se efectuaría á fines del mes, y apenas quedaban unos cuantos días para el arreglo de ropas, dispensa de amonestaciones y demás trámites de estilo. Había una dificultad un poco peliaguda para llevar á cabo el matrimonio, pero Solano estaba encargado de vencerla con la mano en la cintura, y era que el Padre González se encaprichó en no administrar aquel Sacramento á los futuros esposos mientras los novios no fuesen devidamente absueltos en confesión; Solano decía que por su parte arreglaba este punto como Dios manda, y Clotilde aseguraba que en veinte minutos quedaba despachada.

Una mañana, aprovechando la señora Dolores, las vueltas de Clotilde por la casa de la humilde modista del pueblo, las largas meditaciones de Pancho Pérez y el poco caso que hacíase de la huérfana y su sirvienta, encaminóse al curato y conferenció de prisa y reservadamente con el Padre González en la forma que sigue:

—Me envía Consuelo para decirle, que Ud. como nuestro único protector, amparo y paño de lágrimas, debe saber lo que pasa.

Dolores explicó á su modo que antes de morir don Pablo, sin que nadie se percatase del asunto, había recomendado á su hija Consuelo que después de la muerte de aquel, con intervención, consejo y ayuda del Padre González, indigase por el lugar donde en tiempo de las últimas revueltas políticas había sido fusilado y enterrado un hermano de don Pablo, cuyo lugar estaba cercano al Ojo del Fresno allá en El Platanar; que á cierta distancia del montículo de piedras y tierra y á distancia y señales que sabía Consuelo, se encontraban bien seguros los ahorros que el pobre ranchero de muchos años atrás hiciera para su hija. Que era tiempo de preocuparse por aquello, poniéndolo á buen recaudo, porque Pancho Pérez husmeaba el asunto, pues había hecho pedazos el caserón de El Platanar buscando los ahorros, y que tomando datos de este ranchero, de aquel otro y del de más allá, practicaba excavaciones por todas partes; que lo grave consistía en que Anselmo, que conocía el lugar donde estaban los ahorros, aunque sin saber la existencia de estos, podía dar luces á Pérez sobre el punto, por que era unos de los más frecuentados por don Pablo y que á diario visitaba, y no sería remoto que el tinterillo fuera á dar con el escondite: que nada menos, no hacía muchos días había sido interrogado el caporal sobre ese punto, pero afortunadamente no estaba en copas, que de otra suerte quizá hubiese dicho alguna cosa.

—Antes, señor cura, que don Francisco venda el rancho y se nos vede transitar por allí, dice Consuelo, disponga Ud. lo que á bien tenga.

El Padre González, recordando tal vez hasta entónces, alguna confidencia que oyera bajo el sigilo de un Sacramento y preocupándose de aquello, ofreció á la señora Dolores poner manos en aquel negocio, recomendando dijese á Consuelo estuviese sin pena y que en muy poco tiempo terminarían sus cuitas y tuviese fé en Dios.

Todavía muhos años después de ocurridos los sucesos

que narra esta historia, se recuerda en San Antón la conseja, cuento ó invento muy raros, por supuesto con exageraciones ridículas, sobre que ciertas y continuadas noches sin luna, llegaban al curato algunas mulas llevando pesadísimas cargas de paja, pero tan pesadas que apénas las soportaban aquellos animales; que las mismas *barcinas*, de paja, por cierto muy pequeñas para su mucho peso, fueron sin tardanza enviadas á la capital y consignadas al licenciado García, y que el transporte se hizo bajo la vigilancia de Anselmo, El Trompo y gentes especiales que vinieron de la ciudad.

Dejando á un lado tales consejas, y volviendo á la realidad, cierta la es, que un domingo Consuelo y su sirvienta salieron á oír misa como de costumbre, y que después de las doce del día, el tutor de la niña estaba impaciente por que la pupila no llegaba; que tal impaciencia se convirtió en enojo, más tarde en inquietud, y cuando se perdió la esperanza del retorno de la niña, todo se trocó en temores y desazones, poniendo á Pérez de un humor de perros.

Parece que el diablo se encargó de dirigir la escena: en los momentos en que el rábula estaba de punto de caramelo, se presentó á *medios chiles*, ó lo que es lo mismo, con media docena de copas en la barriga, nada menos que el caporal de El Platanar, rogando al amo le adelantase el salario de la semana, pues . . . . . No terminó la súplica, porque Pancho Pérez, bilioso y con enfado, tras de palabrotas que no pueden traducirse al español y una altanería insufrible, estampó, por toda respuesta, la planta del pie sobre el abdomen del caporal. Este, sin decir otra palabra, sin pretender vengar el agravio, y alzando el sombrero que tirara al recibir la ofensa, inclinó la cabeza, dió media vuelta y se alejó calladamente; pero al volver la esquina, vió al patrón de una manera singular, metiéndose después el zarandeado Anselmo á la tienda de Las Quince Letras.

El Trompo, á quien la suerte tenía deparada una intervención indirecta en estos sucesos, acertó también, á pasar cerca de Pancho Pérez, que furioso paseaba por frente

de su casa, y acordándose el mozo que alguna vez Pérez le dió una *propina*, al llevarle ciertas cartas, probó suerte en aquella ocasión en busca del agasajo consabido y llegándose bonitamente hasta donde bramaba Pérez, al compás de un rigodón El Trompo chilló:

—Jefecito, doy grasa á su calzado.? ¿No?...Pues, entonces una propinita, patrón.

Este que ardía en un candil, siguiendo los impulsos anteriores, soltó el agasajo solicitado, aunque en otra forma, estampando de nuevo las suelas de su zapato sobre las partes pósteras del limpia botas. El Trompo, sin desconcertarse, sin darmuestras de disgusto, á diferencia de Anselmo, pero poniéndose á conveniente distancia por aquello de la repetición que se acentuaba y veíase venir, soltó esta puya:

—Patrón qué recio pega con esas patas, que si las tuviera tan grandes como los *gringos* que andan ahora por el pueblo, me había despachado á la eternidad, palabra de honor.

El Trompo cubría con la diestra el lugar golpeado, mientras que la siniestra llevada á la nariz y alargando los dedos pulgar y meñique y á imitación de los payasos en los circos, hacía piruetas á Pancho Pérez, provocándolo á que emprendiese de nuevo otro ataque. Al oír el tinterillo aquello de que los gringos andaban por el pueblo, se quedó como quien ve arcángeles, por la idea que le llegó de que bien pudieran ser aquellos los esperados.

—Trompo amigo...¿hablas con verdad.....? ¿dónde están.....?

—¡Buenas noches!, El Trompo amigo, que vió la horrible cara de Pérez y temiéndose otra caricia, sin hacer caso de las preguntas del patrón, emprendió una carrera que ni galgos le dieran alcance. Pérez, ya bien entrada la noche púsose á recorrer calles, callejas y suburbios, y apenas pudo recoger noticias vagas de que efectivamente habían pasado unos gringos por allí, pero no se sabía si se alojaban en alguna parte; por más señas que uno de los gringos llevaba una rueda con una especie de piedra para

afilar, y que el hombre se divertía haciendo chillar un silvato que llevaba constantemente en la boca. Perdida la esperanza el tinterillo encaminóse á su casa y esperó á que la luz del nuevo día iluminase el sendero que buscaba, mientras las tinieblas le inspiraba lo que debiera hacer.

Al amanecer, encontróse con nueva carta franqueada por el último correo que con retraso llegara la noche anterior, carta donde se le anunciaba la salida de los compradores de El Platanar, rumbo á San Antón, y se le recomendaba les tratase bien, que eran hombres sencillos pero de extrañas costumbres. Siguióse nuevo paseo de Pérez por toda la población, poniendo un ojo al gato, esto es, á descubrir el paradero de los gringos, y otro el garabato, ó sea al escondite donde se ocultara Consuelo, y como y gato y garabato no parecían, decidió esperar y dar tiempo al mismo tiempo.



Preparábase el Padre González á dar órdenes para que diesen el último repique que anunciaba las "Vísperas" del día solemne que se esperaba, cuando entró El Trompo presentándole una carta y el periódico ordinario. Conoció la letra menuda que indicaba la dirección y nombre del consignatario, abrió apresuradamente el pliego y confirmó que su amigo García era un caballero en toda la extensión de la palabra y cumplía al pie de la letra sus compromisos. Entre otras cosas, rezaba la carta, que allí mismo, bajo la propia envoltura, encontraría una importante comunicación y daba instrucciones sobre el uso que debía hacer del pliego aquel. Terminaba diciendo: "Ya vez, Padre González, que este tu amigo te quiere y cumple tus deseos, con tanto más gusto por estar inspirados en un plan altamente caritativo. Te ruego des á Juanito Gutiérrez mis recuerdos y memorias, y á don Catarino anuncies que éstas las tuve de él por estos puntos, por más señas está resuelta su inmovilidad en el empleo que desempeña y el aumento de sueldo de que le hablé. Debo decirte que las saladísimas cartas que me traje, subscritas por el nunca bien ponderado Pancho Pérez, fueron las que determinaron al Congreso á dictar la resolución que incluyo. También te noticio que los muy importantes fondos en metálico que enviaste, y son los ahorros de don Pablo ¡y qué ahorros, Padre cura!, están depositados en el Banco de que me hablas y á la disposición de tu protegida Consuelo. Dile á Consuelillo que puede estimarse rica, y que hoy más que nunca tiene derecho; según dice Cicerón, Justiniano, Acevedo y otros, de reirse en las mismas barbas de su tutor. Se me olvidaba decirte, que cierto Juez pronto verá la luz por cuarterones y que un Jefe lía los bártulos para marcharse con la música á otra parte. Tu me entiendes."

Mucho gusto y paladeó el padre cura aquella carta y

su anexo, é hizo señas al Trompo que por allí cerca esperaba órdenes, para que diese el repique final, cuando cohibido, en desorden el traje y con muestras de una intranquilidad espantosa, presentóse Pancho Pérez, dando disculpas y pidiendo perdones por tan inoportuna visita, cuyo objeto explicó:

—Señor cura, conozco perfectamente el buen corazón de Ud. y sé que sabe compadecerse del que sufre, y, sobre todo, del que pelagra y se ve á las puertas de la cárcel, todo por una muchachada. Bien lo sabe Ud., Consuelo huyó de mi casa y se aloja en esta más hospitalaria de su merced, pero, esto no quita mis responsabilidades ante la ley. A eso vengo, á que influya Ud. por que Consuelo vuelva á mi pobre hogar, ofreciéndole á Ud. que daré los pasos necesarios para que muy pronto se aloje donde más le convenga. Ud. que es tan bueno, tan . . . . .

—Tan revoltoso y tan chocho—interrumpió sin enojo el Padre González—¿no es así?

—¡Oh no señor, yo no sería capaz de decir ni suponer tal cosa.

—Acerca esa silla y siéntate, que vienes por muy buen camino y no soy quien desperdicia el canto de un pelo cuando se trata del bien de otro. Me voy á permitir hacerte algunas observaciones en uso de las franquezas que sabes siempre gasto, ¿te parece?. Perfectamente. Yo y todo hijo de Adán que lleve un buen lugar una poca de sindéresis, sabemos que no hay hombre más repugnante que el hipócrita, cuyo vicio ó pecado, al mismo Dios provoca nauseas. Comparó á esos pecadores con los sepulcros blanqueados ¿no has olvidado todavía aquello que te enseñé cuando las garlópas...? Bien, pues yo tengo derecho y muy claro para decirte que eres un hipócrita y causas ascos á tu mismo Dios, y eres un sepulcro embadurnado de cal. ¿Te enteras?

—Pero, señor cura, Ud. hace más caso de las calumnias de mis enemigos que de las sinceridades de este su antiguo servidor.

—Oye, Pancho,—dijo el cura bajando un poco la voz y

como si le pesara lo que iba á decir, ¿te estimas *tu á ti mismo*? crees que Francisco Pérez es enemigo de la persona con quien estoy hablando? ¡Claro está que no! Pues bien, te voy á demostrar que eres enemigo de ti mismo.

El Padre González sacó un pliego del bolsillo de la sotana, se lo entregó á Pancho Pérez diciéndole estas palabras:

—Entérate y júzgate. No me devuelvas el papel que no lo necesito.

Pérez se puso lívido, acaba de ver que era nada menos el que contenía la tremenda acusación que enviara al Obispo y en contra de su interlocutor. Iba el tinterillo quizá á ponerse de rodillas ante el sacerdote, cuando este impidiendo el intento, muy sosegadamente y sin encono interrogó:

—Creo que te he demostrado con prueba documental, como dicen los abogados, que eres enemigo de ti mismo y según tus propias quejas; porque tus enemigos no dicen eso que va en ese papel, sino tu mismo; sé que eres un sepulcro blanqueado, porque vienes á decirme en mis barbas que soy un santo, cuando en esa tremenda acusación sostienes, y hasta testigos citas, dè que soy un memo y mal sacerdote que viola el secreto de la confesión y quiere apoderarse de bienes que pertenecen á una huérfana. En puridad de amigos, amigo Pérez, dime quién se quiere apropiarse esos bienes, tú ó yo?

El Padre González, llamó al Trompo pidió un vaso con agua y cuando lo tuvo á la mano continuó:

—Mira, hijo, da unos sorbos de esa agua que está muy fresca, que tienes la boca seca. Bien. Muchacho, llévate esos trastos. No está bueno lo que has intentado en contra de este pobre viejo, que ningunos males te sigue ni procuró, antes bien, piensa que me preocupa mucho tu situación, por tu alma, no más por ella; y no creas que te guardo ningún rencor por todos los agravios inferidos, porque ya te los he perdonado, y aún encontré á mi modo algunas disculpas que atenúan tu falta; entre otras, he querido ver la sugestión que ejerce sobre tu pobre persona ese tu cuñado, á quien Dios tenga de su mano. A propósito de tu cu-

ñado, deseo abrirte un poco los ojos, ¿quieres?; pues en primer lugar no sabes quién es la persona con la que vas á emparentar, si Dios no remedia ese disparate; y en segundo, que tu pobre hermana va á echarse en los brazos de un bribón. No te alarme el calificativo, que me he quedado muy atrás en la apreciación; digo esto porque el rico hombre de El Tepozán, ni es Solano ni en la pila bautismal se le dió el nombre de Encarnación, sino que simple y sencillamente fué conocido con el de Valentín Valera y llevando el mote de "Tío Cupido"; no abras tamaños ojos, es el mismo aquel que en la pasada revolución desvalijó en compañía de otros de su calaña, á todos los que transitaban por el camino de . . . ¿lo has oído? pues este mismo es. Recuerda que la cabeza de ese hombre separada del tronco se cotizaba á quinientos pesos . . . . . ¡Cosas de la fortuna! hoy pegada al cuerpo se aprecia en algo más de ochenta mil! ¡Recórcholis! Pancho, si quieres convencerte de lo que afirmo, anuncia á tu consejero, amigo y próximo cuñado, que antes de efectuar su matrimonio con tu hermana, vas á dar un paseito por el Plan de San Bartolo, en el Estado fronterero, que tienes deseos de ir por el *Bajío* y darás una escapada por el Monte de las Cruces, anda y dícelo, y verás que primero te pone cadenas en los piés para impedir el viaje, que animarte para que lo emprendas. ¿Con esta pécora vas á emparentar, tu que llevas sangre limpia de artesanos honrados?; porque tu padre Domingo era una alma de Dios, y tu madre Paula fué una santa, Pancho. ¿Dormirás tranquilo y á pierna suelta, sabiendo que tu hermana Clotilde calienta el hogar de un viejo asesino y vil facineroso? Aún hay más, amigo mío, interroga á tu cuñado de dónde tomó la plata con la que se fabricaron las ricas espuelas que luce los días que repican gordo, de dónde los escandalosos adornos que ostenta en botones, en la silla de montar y otros chismes que han mareado á tu hermana, porque ésta vá enamorada de los cachivaches, no de Solano. Si es franco el viejo, tan viejo como yo, te dirá que el metal salió de una iglesia robada en San Sebastián, que todo ello es el fruto, de un robo sacrílego, ¿en-

tiendes? sa . . . . . crí . . . . . le . . . . . go y muy sacrílego.

Siguióse una pausa regular, y como Pancho Pérez notara que nada se decía de lo que más le importara, esto es, del paradero de Consuelo, volvió á la carga en esta forma:

—Prometo á Ud., señor cura, preocuparme de todo lo que me ha dicho, pero por ahora lo que me interesa es que me entregue Ud. á mi pupila.

¡Dios de Dios!, qué triste y al mismo tiempo qué de mal humor pusieron al señor cura, aquellas palabras de Pancho Pérez; como que le revelaron estaba el pobre eclesiástico majando en hierro frio, por tal razón, apagando el fuego que antes empleara en su discurso, contestó:

—A mala parte vienes á buscar á tu pupila; ni yo la tengo secuestrada y no me interesa saber si por su huida entras á la cárcel. Tuyas y muy tuyas son las responsabilidades, carga con ellas y déjame en paz. Aquí pierdes inútilmente el tiempo, que no hay nada que trascienda á Consuelo, vete, y ocúpate de redondear la productiva venta de El Platanar, haste rico y *pax christi*. ¡Vete!. Conste que ya sabes mucho de lo que se me estaba pudriendo en la mollera y quería decírtelo, y que si en algo puedo servirte dentro de la esfera de mis deberes, puedes mandar.

El Padre González, como temiendo llegar tarde á las Vísperas que ya comenzaban, se introdujo por la inmediata puerta de la sacristía, y apenas acababa de ausentarse, cuando volvió prontamente á aparecer, diciendo con precipitación, pero con ironía:

—Se me olvidaba decirte, amigo Pérez, que no te encargo el secreto de todo lo que te dije respecto á Solano.

Y volvió á desaparecer el cura, dejando á Pérez turbado y con ganas de darse contra el suelo. Al fin, como aquel que ha sufrido una tremenda tempestad en mitad de escueto llano, y de pronto ve salir el sol y el cielo abierto, así Pancho Pérez sintió un consuelo especial, y antes de exponerse á la descarga de nuevos nubarrones, salió precipitadamente del curato, yéndose derechamente para su casa, bien escamado, con ganas de llorar, con otras de reir y con muchas de dejarse ir de cabeza por el barranco más próximo.

## XXII.

Al llegar á su casa eucontróse nada menos que con don Encarnación Solano presentando cara de Pascua Florida, y frotándose las manos; como viera que aquel llegaba mustio y cariacontecido, pretendió don Encarnación disolver la ventolera, diciendo en festivo tono:

—Albricias, Pancho, ya se donde está la prenda extraviada con la otra que la acompaña, me darás más albricias al saber que ciertos extranjeros, según me informan, anoche acamparon cerca de El Platanar. . . . Pero, hombre, traes una cara de Júdas y mirándola ganas dan de meterse bajo de la cama. Dime, ¿qué te pasa?, ¿nada? . . . . Te adivino la causa del disgusto: Juan Gutiérrez, el boticario, al cobrarle el giro que te endosé . . . .

—Bonitos giros me endosa don Encarnación, el boticario hoy me presentó carta de Félix y Compañía, retirando todo cobro y ofreciéndole amplio crédito. No es eso lo que me preocupa,

—¿Será posible que tal hayan hecho los giradores? . . . . . ¡Pase! Tu desagrado viene entónces de que don Catarino . . . . ¿no?

—Pierde su tiempo don Encarnación. Me encontré con el Padre González y . . . .

—Ya, ya me figuro, son los efectos de la acusación famosa; y qué dice ese bendito fraile?

—Dice que Ud. no se llama Encarnación Solano, sino Valentín Valera, alias, Tío Cupido, hecho y derecho, por delante y por detrás: que Ud. no puede beber tranquilamente agua en el Plan de San Bartolo, ni en el monte de las Cruces, ni menos reza una Ave María en la iglesia de San Sebastián, ni puede estar en otra parte, sino es en San Antón, donde nos da Ud. atole con el dedo, gato por liebre y todos somos unos benditos, ¿lo oye?

¡Señor, ten piedad de nosotros! y qué feo, qué horro-

roso y disgustado se puso el del Tepozán al oír aquellas aclaraciones! ¡Cómo crujieron en la escueta boca los dos únicos incisivos que habitaban tan pestilente mansión! El pobre hombre quiso decir alguna insolente palabra, y solo pudo articular:

—¡Mal... di... to... cura!

Dejóse caer en el sillón inmediato, á tiempo que Clotilde allá á lo lejos soltaba en el platillo del fonógrafo un disco que reproducía el siguiente pasaje:

Cuando en las noches del estío  
Azul y blanca esté la mar,  
Juntos irémos, dueño mío,  
A navegar, á navegar.....

¿Porqué has nacido, sueño de amor?.....

¡Oh!, aquella barcarola produjo un efecto espantoso en los nervios de Solano: se puso á medir la estancia á grandes zancadas, soltando monosílabos espantosos; luego vociferó del cura con tan arrebatadas palabras, que no se entendían con precisión las que articulaba; luego gritó y cuando la barcarola llegaba á su final término, pretendió seguir el aire y canto, como un loco, como alguien que despierta de un sueño de mucho tiempo, como el que no quiere romper el único hilo que le ata á la vida... Al fin, jadeante, sudoroso y congestionado, se desplomó como un muro que soportara grandes vendavales, pero que carcomida la base viene al suelo al último empuje del huracán.

Al caer Solano, Pancho Pérez que miraba aquello como un espantado, pretendió huir, pero el horrible grito que diera aquel al caer, hizo se presentase Clotilde, y todo fueron carreras, exclamaciones y lágrimas, hasta que se discurrió llamar con prontitud á Juanito, el cual pronosticó que aquello no era grave de momento: se trataba de un ataque nervioso, pero que si había más sensaciones fuertes en aquel cerebro desgastado, Solano se iría al panteón en menos que canta un gallo. Recomendó llevasen al enfermo para su inmediato rancho de El Tezán, que cuando despertara del letargo, no hubiese mujeres cerca, cuando más un hombre en la estancia; y que

se le diesen periódicamente cucharadas del brebaje cargado de bromuros y reconstituyentes que en seguida remitiría de la botica.

—Sobre todo, señores, mucha calma, nada de negocios, ni nada que pueda excitar á este pobre hombre.

Llamando á Pancho Pérez, con reserva y en voz baja le dijo:

—Si su hermana se casa con Solano, en media hora queda viuda. Aún cuando no sea así, no doy un pepino por la vida de ese pobre viejo.



XXIII.

A la mañana siguiente, presentóse Pancho Pérez en el caserón de El Platanar, y con la confianza del que entra á su casa, colóse por las piezas interiores, encontrando á Consuelo que acababa de hacerse su tocado. Al verla, como tigre hambriento que al fin encuentra la presa perseguida por tanto tiempo, se plantó á la entrada de la alcoba, y con imperiosa voz, echando lumbre por los ojos, increpó á la pobre niña:

—Miren la mosquita muerta, la virtuosa hembra que bebió las virtudes del fraile González. ¿Piensa Ud. que se burla de su tutor, y sin decirle adiós deja el hospitalario asilo para venirse á gozar amplias libertades á este caserón y que pueden interpretarse muy desfavorablemente?

Consuelo sin inmutarse, como quien espera el ventarrón, pero con preparativos para soportarlo, tranquilamente dijo:

—Siéntese Ud., señor Pérez, está Ud. muy excitado, y le ruego me escuche con calma . . . ¿Dolores?

La vieja sirvienta se presentó y á una señal de Consuelo se acomodó por allí cerca.

—Consuelo, Ud. es una ingrata que no merece la pena me haya preocupado por su tranquilidad tanto tiempo. Ya tendrá el correctivo que se merece; tome Ud. su abrigo y prepárese á regresar de donde más le valiera no haber salido. No me obligue á mandar por el Juez ni provocar un escándalo mayúsculo en el que Ud. pierde más que yo.

—Señor Pérez—contestó la huérfana con más calma todavía—hace un mes, más ó menos le noticié que me vendría para esta mi casa, cualquiera que fuese la oposición que Ud. presentase fundé tal resolución en el quebranto de mi salud, y en el deseo, por no decir obligación, de cuidar lo que mi padre me dejó . . . Ya ve Ud. que hice mucha falta por aquí, pues la casa que yo dejé limpia y en buen

orden, hoy es un muladar, unas ruinas, y todo por el afán de buscar lo que no se ha perdido. Dispense Ud. mi franqueza, pero será la última vez que debe dirigirme á Ud.

—¡Cascajo! la última, — bramó Pérez —, cómo se conoce que ese fraile ridículo se entromete en lo que no le importa; ya verá Ud. que la última vez que le habla este su odiado tutor es para meterla en cintura ¡Cascajo!

—Lamento mucho el desagrado de Ud., señor Pérez, y siento aún más diga Ud. del señor cura González esas palabras tan injuriosas, y para que no tomen estas mayores alcances, debo noticiarle que llegó el momento de que me maneje por mi misma, sin necesidad de tutor ni consejo de nadie, que puedo vivir donde más me acomode y donde Ud. me deje en paz.

El tutor iba á soltar una carcajada estruendosa, pero la contuvo al ver que Consuelo le alargó un pliego que dejaba ver en primer término el sello del Congreso del Estado, en cuyo documento, ese respetable Cuerpo, por Decreto de pocos días atrás, habilitaba la edad de la menor Consuelo Torres, "la cual desde esta fecha y sin previa notificación á su tutor, queda autorizada para manejar su persona y bienes como más le fuere conveniente."

Consuelo, terminada la lectura, arrancó de las manos de Pérez el precioso documento, añadiendo:

—Ya ve Ud., señor don Francisco, que es inútil se moleste y gaste bilis en cosas que ya están fuera de su mano y alcance. Para tranquilidad de Ud. y por instrucciones expresas de mi apoderado, el señor licenciado García, residente en la capital, hago á Ud. saber que no me propongo exigir á Ud. cuentas por el manejo de mis bienes, y que si de alguna cosa ó cantidad le soy deudora, puede Ud. dirigirse á mi apoderado, quien tiene bastantes fondos míos para pagar á Ud. lo que se le deba. Doy á Ud. y á Clotilde su hermana, muy especiales gracias por los beneficios recibidos, ofrézcale Ud. que seremos buenas amigas para lo sucesivo, y para Ud. ofrezco guardarle gratitud por lo que hizo por mí, y esto en nombre de mi padre, que tuvo para Ud. especial estima.

Pancho Pérez, antes tan vehemente, tan enojado y furioso, tiró maquinalmente el sombrero que en la diestra traía; densamente pálido quedó á la lectura del decreto consabido y calmándosele como por encanto el negro humor de que diera muestras. Poco á poco la quijada inferior fué cayendo, dejando ver una dentadura verdinegra, desigual y de alarmantes proporciones, hasta que al fin, viendo que se derrumbaban sus sueños de potentado, recordando que las esperanzas de la herencia de Solano también se iban y como quien se coge á un madero sobre mar encrespada, tartamudeando suplicó:

—Consuelito, qué me dejas?.....á mi, que te he querido tanto, que eres la niña que endulza mi vida! Consuelillo....., Consuelito, perdóname.....ven, chiquita mía; si no lo hice por tu mal. Mirame, niña...que te he querido tanto como á una virgencita.... ¿oyes chiquita? ¿porqué me miras así? Te hablo en nombre del viejo de tu padre, de don Pablo....,seré tu amigo, tu protector.... ¿porqué huyes?.....

Pérez, sin darse cuenta de lo que hacía, con los brazos extendidos, como un loco y con vacilantes pasos y ademanes extraños iba adelantándose hacia Consuelo, la cual asustada por el brusco cambio de escena, medrosa se escurría, hasta que al fin, espantada y á indicaciones de Dolores, salió huyendo y dando voces, seguida de su sirvienta. A los gritos de Consuelo salió de la inmediata choza, la mujer de Anselmo, á las de estas llegaron otras hembras, pues los varones aún no regresaban del campo, y cuando todas ellas formaron un grupo respetable, mal enteradas del caso, más por Dolores que por la huérfana, se dirigieron al caserón, viendo en esos momentos que Pérez tomaba el camino del pueblo, dando traspiés como si fuera un beodo. La esposa de Anselmo, roja como una amapola, desgrefñada y atrevida, tomó una piedra, la arrojó en dirección del que se iba, juntamente con estas palabras:

—¡Bandido!, ¡sin verguenza! vuelva por aquí, ¡cochino! y le juro que le doy más araños que besos le dió su madre Puerco!

Las otras hembras, al ver la actitud belicosa de la mujer del caporal, y notando que Pérez, el patrón odiado, no volvía á vengar la ofensa, y antes bien se alejaba sin volver siquiera la cabeza y si llevando el rabo entre las piernas, arrojaron una verdadera lluvia de piedras sobre el tinterillo, quien de tan atolondrado que iba, no se daba cuenta del hecho.

Al llegar á su casa en busca del refrigerio que tanto necesitaba, encontróse á la puerta con su hermana Clotilde que hacía tiempo le esperaba, la cual llorosa y extraordinariamente disgustada, por todo consuelo á las tribulaciones de Pérez, espetó lo siguiente al afligido hermano:

—Soy muy desgraciada, Pancho, mira lo que vas á hacer, pero, en la botica y en la escuela acaban de decir, y creo que en todas partes, que soy una jamona sin verguenza, que me caso con Encarnación tan solo por su dinero....¡Fúche! Quién fuera hombre, Pancho; anda y sácale la lengua á esos mentirosos, ó te saco los ojos á tí por agua tibia....,por agua tibia! ¡No faltaba más!

Pérez, como un idiota que ha perdido la noción del tiempo, del lugar y del medio en que se vive cual un espantado marino que perdiera la brújula en un mar encrespado y espantoso, miró á su hermana, y sin contestar nada íbase á meter á la inmediata pieza, cuando detuvo el paso ante la presencia de un extranjero que se coló sin pedir permiso, llegando por el zaguán. Pérez ante aquel hombre, acordándose en esos momentos de un tremendo compromiso que tenía contraído con extranjeros y sobre la venta de El Platanar, trayendo rápidamente á la memoria que Consuelo estaba emancipada y sin remedio de subyugarla, y creyendo que el extranjero se presentaba á pedirle el puntual cumplimiento de lo pactado, acabó por trastornarse, y con el pánico del que no tiene experiencia en los negocios de la vida, con el susto de aquel que siempre fué á flote por extrañas circunstancias y que de pronto ve que el barco se hunde, que no sabe luchar con el torrente y, en fin, que el cielo se rasga y vomita rayos, acabó por no oír nada, nada, ni siquiera las singulares y humildes palabras de aquel

hombre, mechudo é insinuante, que pedía permiso para mostrar á su "Merguerrite" que sabía hacer mil filigranas en materia de baile y al compás de un pandero; que el oso aquel no hacía nada, que era un buen chico y que á todo mundo divertía. Pérez no oyó nada de eso, precipitadamente encerróse en su pieza, tiróse sobre la cama y pocos momentos después lloraba, confundiéndose sus sollozos continuados con el golpe acompasado de una mano dura que arrancara á un pandero un compás singular y monótono, pandero que al propio tiempo pretendía acompañar el canto de una mujer, que con acento extranjero, pero dulce y resignado, entonaba una canción.



## XXIV

Anselmo, el sufrido y buen caporal de El Platanar, llegó al rancho entre siete y ocho de la noche, pues el potro que amanzara, tres veces habíalo dejado á pié, que el tal potro salió muy *relajo* y de un genio inaguantable; pero, para eso estaba él, Anselmo, que en su vida había domado otras caballos de más empuje; ya vería el alazán cómo antes de un mes estaba tan domeñado como seda en manos de mujer habilidosa. El caporal, un poco molido por los golpes que recibiera del alazán, apeóse á la puerta de su choza, dió unas vueltas al animal *para que se enfriase*, y al fin, despojado el bruto de montura y arneses, quedó libre, pero dentro del pequeño corral anexo á la choza. Tomó luego el rancho algunas brazadas de rastrojo y helechos, y cuando vió que el animalito estaba sosegado y comiendo la pastura, aseguró la salida del corral y encaminóse el hombre á la cocina, que despedía desde lejos un olorillo confortable y halagador.

Metióse por allí, pidió algo que comer, y como viera á su *costilla* bastante desgredada, más de lo ordinario, y convertida en una furia preguntó por la causa de aquel trastorno por más que creía adivinarla, pues suponíase que la hembra había emprendido descomunal combate con la Tomasa, otra por quien la legítima tenía celos muy de antiguo y bien fundados. Esperando Anselmo la avalancha de injurias, quejas, celos y recriminaciones que iban á salir por la boca de su consorte, quedóse pasmado y un tanto satisfecho, al saber que todo obedecía á causas diversas, pero de no escasa importancia.

La mujer del caporal, puestos los brazos en jarras, zarrandeando el cuerpo con el aire marcial de quien consiguiera victoria inesperada, con rítmico movimientos de caderas, y sobre todo, con gesto muy especial y altos cabeceos, informó á su marido que el cochino de Pancho Pérez, esa